



# EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 96 21

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR 24

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Co-responsables en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

SABADO 25 DE NOVIEMBRE DE 1893.

**LEONIE BROUTIN.**  
Modista de Sombreros de París  
Llegará en la próxima semana  
PLAZA DEL REY, 16, PRINCIPAL.

**Para los agricultores.**

Prensas de palancas múltiples para vino.—Tijeras para vendimiar.—Id. para podar.—Máquinas para desgranar panizo.—Id. para taponar botellas.—Id. para limpiar id.—Id. para picar y embutir carnes.—Hornos de acero.—Azadas, legones y rastros de id.—Ingertadores.—Filtros para vinos y licores.—Agotadores para botellas.—Cepillos, cadenas, lespiches, etc. para bocoyes.—Bombas de trasego y otras.—Armarios especiales para botellas.—Cestas idem para idem.—Arados de vertedera fija y móvil.—Embudos automáticos.—Mobiliario para jardines.—Cortadoras para sacos.—Espino artificial para cercas.—Jarrones, macetas, balaustrades etc.—Básculas sin numeración.—Vía estrecha para trasportar frutas.—Wagoncitos para plataformas, etc.

De venta en MUSEO COMERCIAL.—Puerta de Murcia.  
PIDANSE CATÁLOGOS Y DIBUJOS.

## EL CAPITAN ARIZA.

Mucho ha hablado la prensa durante los últimos días comentando la bravura del capitán Ariza, actualmente en Melilla, pero nada se ha dicho todavía del hecho de armas más saliente con que Ariza cuenta en su historia militar, hecho que, por sí solo, basta para inmortalizar a un hombre.

Ariza sentó plaza como voluntario a fines de 1863 en el batallón cazadores de Bailén, adquiriendo en poco tiempo tan completo conocimiento de toda la sierra y manigua de la jurisdicción de Manzanillo, que fueron sus servicios constantemente utilizados para llevar comunicaciones atravesando las filas enemigas y haciendo reconocimientos, de los que salió siempre sin un rasguño apesar de los peligros constantes que envolvían esta clase de operaciones.

Sus jefes tenían tal confianza en Ariza que aun siendo solo un simple soldado, le consultaban para el desarrollo de cualquier plan ó movimiento proyectado.

Su temperamento nervioso é insistentes guerrilleros se avenían mal con la obediencia pasiva del soldado de filas; pero este hombre que tan nervioso é inquieto aparecía cuando se le obligaba á permanecer inactivo, adquiría una calma y desplegaba una sangre fría asombrosas, tan pronto como se encontraba frente al enemigo, condiciones, que unidas á su reconocida bravura, le hicieron el contra-guerrillero más temible de toda la jurisdicción de Manzanillo.

Accediendo á las constantes peticiones de Ariza, el Comandante General de la jurisdicción de Manzanillo le autorizó á formar una contra guerrilla de diez hombres. (Ariza era cabo en esta fecha) y á maniobrar con entera libertad. Desde este momento Ariza inició una vida no interrumpida de hazañas.

Sus salidas las hacía al ponerse

el sol y al amanecer volvía al campamento ó poblado, pero siempre con alguna presa entre manos ó habiendo castigado severamente á los insurrectos.

A fines de 1873 Ariza, ya alférez, capitaneaba una contra-guerrilla de 150 hombres, y se le metió entre ceja y ceja coger á Calixto García, uno de los jefes más temidos de la insurrección y que mandaba un pequeño ejército de 2000 ó 3000 hombres.

Desde el momento en que Ariza concibió aquel pensamiento, se convirtió en la sombra de Calixto García, picándole constantemente la retaguardia, macheteándole los rezagados y no dejándole acampar con tranquilidad.

Un día, á principios de 1874, Ariza recibió, por un confidente, aviso del sitio donde el cabecilla insurrecto iba á acampar aquella noche.

A las 4 de la tarde de aquel mismo día salió Ariza de Manzanillo con sus 150 hombres y al oscurecer habían ya caído en sus manos, uno á uno, quince ó diez y seis hombres de la gente de Calixto García, quien ya acompañada se disponía á hacer el rancho y con este objeto parte de ella se había diseminado por el bosque en busca de moniatos y bananas.

Inútil es decir que después de un brevísimo interrogatorio, cada uno de los mambises capturados fue á aumentar el número de los racimos de bananas que de los árboles pendían.

Próximo ya Ariza á las avanzadas de Calixto García, dejó á su gente apostada convenientemente en tres grupos con instrucciones de que tan pronto como oyese tiros en el campamento insurrecto, avanzase cada grupo por distinto lado, haciendo fuego y tocando las cornetas á fin de hacer creer á los insurrectos que fuerzas superiores los atacaban.

Hay que advertir que en apariencia y en uniforme poco se diferenciaban Ariza y su gente de los insurrectos, pues todos usaban el traje de rayadillo y sombreros de jipijapa.

Ariza acompañado de cuatro de sus hombres á caballo, penetró resueltamente en el campamento insurrecto y á los *¿quien vive?* de los insurrectos, contestaban: *Cuba libre*, acompañado de *Compadre ¿s que hay güdama?* y frases por este estilo que engañando completamente á las avanzadas y centinelas por tratarse también de cinco-hombres solamente, permitió á estos bravos llegar al centro mismo del campamento insurrecto.

Por pura casualidad, como el mismo Calixto García relatada después, Ariza dió inmediatamente con la tienda del jefe insurrecto, quien estaba acompañado de tres de su Estado Mayor.

Ariza y su gente echaron pié á tierra y revolver en mano se lanzaron al interior de la tienda entablándose una lucha cuerpo á cuerpo. Calixto García trató de hacer fuego sobre Ariza, pero este le agarró la muñeca y viéndolo el jefe in-

surrecto que llevaba la peor parte y que sus tres compañeros estaban ya trincados sin que esta lucha hubiese llamado la atención fuera de la tienda, se dirigió su propio revolver debajo de la barba disparándose un tiro que le atravesó la lengua saliéndole el proyectil por la frente.

Dueño ya Ariza de Calixto García y sus tres ayudantes, emprendieron la retirada limpiando á tiros de revolver su camino y, á estos disparos empezó la contra-guerrilla un fuego granado por distintos sitios que sembraron el pánico y la confusión en el campamento insurrecto.

Antes de que los mambises pudiesen rehacerse, Ariza estaba ya con los suyos metidos en un potrero, camino de Manzanillo, en cuyo potrero se hicieron fuertes durante el resto de la noche.

A la mañana siguiente entraba Ariza con su gente y los cuatro prisioneros en Manzanillo, cuyo Comandante General no fiándose de tener preso á Calixto García en el pueblo, lo mandó abordo del Cañonero *Venadito*, del cual era á la sazón Contador un amigo y paisano nuestro quien, así como varios de los jefes que hay aquí del tercer Regimiento de Infantería de Marina que en aquella fecha operaban en la jurisdicción de Manzanillo, pueden dar más detalles en corroboración del hecho que acabamos de relatar y por el cual fué Ariza ascendido de Alférez á Capitán.

G.

## MARIA PEPA O LA CIENCIA PERSEGUIDA.

(Colaboración inédita.)

Lo que ella decía, cuando la molestaban los dependientes de la autoridad, por mor de malas lenguas, calumnias y testigos falsos.

—No se pué vivi honradamente—exclamaba más *acharé* que su esposo natural cuando rajaba el morrillo de algún toro.—Mucha libertad y mucha música, porque en cuanto ven que una probética criatura zolita en er mundo ze gana la via con desensaí y con una profesión decorativa, to zon dificultaes.

«Decorosa» quería decir María Pepa, aludiendo á su ocupación de «echar las



cartas» y de adivinarlas todo lo porvenir á las personas que la visitaban para consultarla.

¡Y qué personas! Todo lo principal ó buena parte de lo principal de la sociedad en el «mujerío». Duquesas, marquesas, condesas, cocineras, doncellas y chicas domésticas; artistas en chalecos, pantalones y camisas; tipos de línea y algún caballero curioso.

María Pepa había seguido la carrera

por convicción y por principio: á la vera de su tita la *Churrona*, que fue el pasmo de aquellas tierras de Málaga y Granada, como mujer de *cencia* en lo de «echarle» las cartas á las personas de viso, amigos do saber cosas del porvenir y de ultratumba.

María Pepa lo sabía todo en la profesión.

\*\*

Un italiano que cayó por entonces en Andalucía y que era un profesor en magia y cartomancia y sonambulismo, quiso hacer sonámbula á la muchacha.

Pero ella no consintió en dormirse ni en broma.

Era la única especialidad en su ramo que no practicaba la sobrina y sucesora de Frasquita I la *Churrona*, como la decían las gentes de bien.

¡Qué mujer aquella! Murió en jaula como perdiz de reclamo.

Pero ni le merecía por sus gracias y su saber.

María Pepa quedó solita en el mundo; aunque, según la decía, en sus postimerías su tía y profesora: la dejaba una profesión horrada.

—Erez ya una mujé, y no ha de farte que comer, zi tú quieréz, hija mía, que tienez guenaz manoz por loz naipes y erez má jermosa que una onza de oro. Zna: una mijita é cante y otra mijita de acá...

Y, diciendo esto, la *Churrona*, meneaba las caderas y tocaba los «palillos» con los dedos, como presintiendo á la *Bella Chiquita*.



Efectivamente, María Pepa se ganaba la vida, gracias á las personas candidas.

Su casa era, como dicen las gentes, un jubileo, mal comparado, por supuesto.

Las vecinas la veían con envidia y murmuraban de la manera de vivir de María Pepa.

Aquel entrar y salir de «señoras» de coche y de criadas y doncellas, inspiraba, al poco tiempo de vivir en la casa la adivinadora, sospechas nada favorables para ella.

Cuando supieron sus habilidades se tranquilizaron aquellas mujeres virtuosas, entre las cuales se contaba la portera que llevaba la correspondencia de una señorita del principal exterior del centro y era mujer de muchas relaciones en Madrid, aunque vivía sola; una viuda según ella de un capitán que estaba en Filipinas habitaba en un segun-



do interior con una criada de doce á catorce hiervas. Se decía en la vecindad que el capitán se había ido á Ultramar antes de casarse con la capitana como á ella la llamaban, y que no había vuelto más.

Estas y otras vecinas alarmadas por la proximidad de María Pepa se quejaron al delegado del distrito y cuando supieron que «echaba las cartas» se apresuraron á visitarla para que las ilustrase respecto al porvenir, gratuitamente, como convecinas.

María Pepa había ensanchado el círculo de sus conocimientos y de la adivinación pasó á proporcionar recetas para varios padecimientos morales.

«Para hacerse querer por un hombre ó por una mujer».

«Para casarse».

«Para hacerse aborrecer por la persona que quiere el dueño ó dueña de la receta».

«Para volver moreno á un rubio y para blanquear á un moreno».

Y otras de igual importancia. Estas maravillas aumentaron su clientela.

Y hubo mujer que hizo mudar de color y hasta de pelo á su marido y á su amante.

Y marido que estuvo con un pie en el sepulcro, en fuerza de los menjunges que le administraba su mujer celosa, para conseguir apartarle de distracciones pecaminosas y desahos penibles.

¡Pobre María Pepa!

«¿Quien habría de anunciarla, cuando lo adivinaba todo, que la perderían sus conocimientos químicos-inmorales?»

Ella todo lo hacia por el bien de sus semejantes; para proporcionarles un bienestar relativo!

Un día llegó una *barbiana* en busca de la adivinadora.

María Pepa recibía todos los días, de sol á sol, como quien dice no andab con etiquetas ni fórmulas sociales: se quedaba en casa diariamente.

La desconocida quiso conocer su «signo» antes que todo.

Y la *salió* «que un hombre moreno la engañaba, porque quería á otra mujer y que á ella no le faltarían malas razones y palos».

—Lo de los palos es verdad—decía enternecida la cliente—y lo de las malas razones, que me trata como á una negra de la Siberia.

(A la sazón no había negras en aquel punto.)

María Pepa concluyó por facilitar á la desolada amante, unos polvos para que los diese en la comida al ingrato.

La *Otela* guardó la caja con los polvos y pagó á la profesora lo que pidió prometiendo volver á darla cuenta del resultado ó en busca de otro remedio, y salió de la casa.

A la de María Pepa llegaba el juzgado algunos días después para llevarse á la curandera.

«¿Qué había ocurrido?»

Nada: según ella una delación falsa, un mal querer ó una mala lengua.

Aquella mujer á quien, finalmente, había vendido los polvos de la felicidad, la denunció á los tribunales.